

CLÁSICOS
A MEDIDA



El mundo perdido

Arthur Conan Doyle

ANAYA

CLÁSICOS
A MEDIDA

El mundo perdido

Arthur Conan Doyle

Adaptación de Paco Climent
Ilustraciones de Dani Padrón

ANAYA

Para la explotación en el aula de esta adaptación de *El mundo perdido*, existe un material con sugerencias didácticas y actividades que está a disposición del profesorado en www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

© De la adaptación, introducción, apéndice y notas: Paco Climent, 2019

© De la ilustración: Dani Padrón, 2019

© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2019
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

Diseño: Javier Serrano y Miguel Ángel Pacheco

Primera edición, febrero 2019

ISBN: 978-84-698-4799-2

Depósito legal: M-38814-2018

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADO

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Introducción	7
1. Gladys sueña con un héroe	21
2. Una conferencia muy animada	41
3. Noticias desde Manaus	53
4. ¡Hemos visto un pterodáctilo!	61
5. Señales de Maple White	69
6. Anotaciones del cuaderno de Edward D. Malone	81
7. El poblado de los hombres mono	103
8. La batalla decisiva	113
9. Un regalo de Maretas	121
10. Una vuelta a casa llena de sorpresas	131
Apéndice	141

El mundo perdido



*He forjado mi simple plan
si doy una hora de alegría
al muchacho que es a medias un hombre
o al hombre que es un muchacho a medias.*

Gladys sueña con un héroe



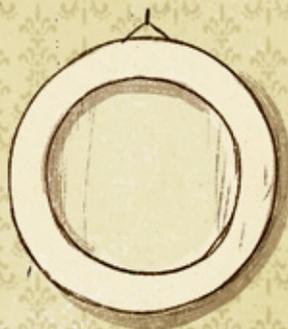
Me llamo Edward D. Malone (Ned para los amigos). Soy irlandés, periodista de *The Daily Gazette* de Londres, tengo veintitrés años y, en este día de noviembre de 1909, debo reconocer públicamente que estoy enamorado de Gladys Hungerton. En la tarde en que la visité dispuesto a declararme, Gladys se adelantó a mi propósito con estas palabras:

—Ned, somos amigos desde hace mucho tiempo y eso me hace feliz. Así que no me pidas que sea tu novia porque tendré que darte un no por respuesta.

Me quedé mirándola con la boca abierta. Por dos razones: por la frase lapidaria que me había soltado a modo de saludo y por lo preciosa que estaba en ese momento. Sentada en una silla que le ayudaba a mantener la espalda erguida, su perfil, orgulloso y delicado, se recortaba sobre el fondo rojo de la cortina que había tras ella. Tenía razón al decir que éra-

mos amigos, verdaderos amigos, pero olvidaba que, en mi caso, nunca oculté un indisimulado deseo de ser precisamente algo más que amigos.





Gladys era delicadamente femenina aunque algunos la juzgaban fría y dura; y yo les decía: ¿pero si todo en ella presagia las más dulces delicias de una mujer? Bastaba mirar esa piel delicadamente bronceada, casi oriental, esos cabellos negros como ala de cuervo, los grandes ojos húmedos, los labios gruesos pero exquisitos... Todos los acicates para un gran amor estaban presentes en ella. Pero yo era dolorosamente consciente de que, hasta ese momento, no había descubierto esa llave oculta de su alma que abriera para mí el caudal de afecto que yo anhelaba. Sin embargo, estaba decidido a terminar con la duda y que las cosas se aclarasen definitivamente esa tarde.

—Pero yo te quiero, Gladys...

—Pero yo no, Ned. Yo espero que un día me llegue el amor. Entonces daré el paso que hoy no pienso dar.

—¿Es que amas a otro?

—Sí y no. Sí, porque tengo muy claro cómo será mi hombre ideal. Y no, porque no lo conozco todavía.

—¿Y cómo es ese hombre que esperas? ¿Me parezco a él en alguna cualidad?

—Sí, Ned, tú podrías ser ese hombre, pero te falta algo fundamental: haber realizado alguna hazaña prodigiosa, ser el héroe de aventuras extraordinarias como fue, por ejemplo, el explorador Stanley, que encontró al doctor Livingstone perdido en el corazón de África. Sí, solo seré capaz de amar a un hombre como él, fuera de lo común. ¡Piensa en Richard Burton, el gran viajero, el buscador de las fuentes del Nilo! Cuando leo el libro que escribió su esposa contando sus hazañas, veo el gran amor que le profesaba. Era de la clase de hombre que yo quiero a mi lado; que todo el mundo me honre como la inspiradora de sus grandes conquistas.

Gladys estaba bellísima, arrebatada por el entusiasmo que ponía a sus palabras.

—Pero no todos los hombres, podemos ser Stanley o Burton —balbuceé en mi defensa—. Además no se presentan muy a menudo ocasiones que te ofrezcan alcanzar la gloria.

—Ned, es a esa clase de hombres que son capaces de forjar sus propias oportunidades a la que me refiero. Una mujer amada por un ser así despertaría la envidia de las otras mujeres. Te parecerá un poco de niña tonta lo que te estoy diciendo. Pero no es así, es algo que forma parte de lo más íntimo de mi ser. Si no lo hago, me traicionaría a mí misma. Sí, Ned, si me caso, me casaré con un hombre famoso.

—Dame una oportunidad y verás como no te decepciono.

—La tuviste cuando la explosión de la mina de Wigan. Leí tu reportaje pero eché en falta que bajaras a los pozos para salvar a los mineros atrapados en aquella atmósfera.

—Sí que lo hice.

—Pues no me contaste nada.

—Creo que no debía de presumir de ello.

Me miró con cierta admiración.

—No lo sabía. Fue valeroso por tu parte, Ned.

—Te lo vuelvo a decir Gladys: dame una oportunidad y te demostraré que estás delante de ese hombre que buscas.

Ella se rio del ímpetu con que me había expresado.

—Está bien. Eres joven, y tienes salud y vigor físico y no te faltan saberes y energía. Ya veremos. Algún día, cuando hayas ganado tu lugar en el mundo, hablaremos de todo esto otra vez.

Y así terminó aquella lluviosa tarde de noviembre, subiendo a un tranvía y prometiéndome a mí mismo ser el protagonista de una hazaña que fuera capaz de enternecer el corazón de mi amada.

Ni siquiera me había despedido del señor Hungerton, un ser de excelente carácter, pero encerrado hasta un extremo in-

verosímil en su propio yo. ¡Si creía de todo corazón que mis tres visitas semanales a su casa se debían al placer que yo encontraba en su conversación y, especialmente, en el deseo de escuchar sus ideas sobre el apasionante tema del bimetalismo¹! Siempre pensé que si algo podría haberme alejado de Gladys, era imaginar un suegro como aquel. La vida me estaba demostrando que podría haber otras causas para la ruptura.

He contado esta escena para que los lectores de esta historia comprendan como alguien tan normal como yo fue capaz de aceptar formar parte de una expedición tan peligrosa como la que partió hacia la selva del Amazonas en busca del mundo perdido.

Cuando aquella tarde llegué al periódico, me fui directamente al despacho del señor McArdle, mi redactor jefe.

—Señor, necesito que me envíe a una misión peligrosa que sea de gran interés para el periódico. Estoy seguro de traerle excelentes crónicas.

—¿Qué pasa, Malone? ¿Es que quiere perder la vida?

—Todo lo contrario señor McArdle: necesito darle un sentido.

—Los tiempos de las grandes aventuras son cosa del pasado. En el año que vivimos, se busca otro tipo de noticias. Pero como veo que busca emociones fuertes, ¿por qué no prueba a entrevistar al profesor Challenger?

—¿Challenger? ¿El famoso zoólogo? ¿El que acaba de patear al cronista del *Telegraph*?

—¿No me ha pedido aventuras? Pues vaya a ver qué puede sacarle. Tiene mucho que contar. Hace dos años fue a las selvas

¹ *Bimetalismo*: sistema monetario que admite como patrones el oro y la plata, según la relación que la ley establece entre ellos.

de Sudamérica. A la vuelta dio a entender que había realizado un asombroso descubrimiento pero nadie le ha podido sacar una palabra. Por lo visto ese hombre es una fiera. Y ya está bien de charla: ¡a trabajar, Malone!

Abrió el cajón de su mesa y me tendió unos papeles.

—Aquí tiene un informe de sus antecedentes. Pero voy a hacerle un resumen. George Edward Challenger nació en Largs en 1863. Estudió en la Universidad de Edimburgo y fue nombrado ayudante de conservador en el Museo Británico² en 1893. Premiado por sus investigaciones zoológicas, es miembro correspondiente de numerosas sociedades científicas como la Sociedad Belga, la Academia Americana de Ciencias... Es expresidente de la Sociedad Paleontológica y autor de numerosas publicaciones, entre ellas la célebre *La falacia básica de la teoría de Weismann*³ que causó grandes discusiones en el último Congreso Zoológico de Viena.

McArdle se detuvo y me entregó los papeles a la vez que daba por finalizada su exposición.

—Solamente queda añadir que tiene fama de buen caminante y excelente alpinista. Eso es todo, Malone.

—Pero, señor, no me ha quedado muy claro de qué debo hablar con Challenger, si consigo entrevistarlo.

Mi jefe puso cara de infinita paciencia y pasó a contarme lo que sigue.

—A ver si se entera, Malone. Hace dos años este personaje marchó en solitario a una expedición por Sudamérica. A su re-

² Situado en Londres, es uno de los museos más importantes del mundo. Fundado en 1753, posee colecciones muy importantes de las culturas antiguas como los mármoles del Partenón, la piedra Rosetta o un moai de la Isla de Pascua.

³ Se refiere a August Weismann (1834-1914), médico y zoólogo alemán que negaba la transmisión genética de los caracteres adquiridos a lo largo del tiempo.

greso se negó a aclarar donde había estado. Evidentemente, sí que estuvo en alguna zona selvática de ese continente, por una serie de borrosas fotografías y relatos confusos que presentó a los periódicos. No tuvieron buena acogida sus explicaciones, a lo que respondió con un abandono total de la escena pública y una declarada animadversión hacia los representantes de la prensa, a los que, a más de uno, no ha dudado en tirar por las escaleras de su domicilio. Ese es su hombre, Malone. A ver qué puede sacar usted de este personaje.

A la salida sentí la necesidad de reflexionar sobre todo lo que me estaba pasando. Me recosté sobre la barandilla del Adelphi Terrace y me sumergí en mis cavilaciones arrullado por la oscura y aceitosa corriente del Támesis. Si algo me había quedado claro de la entrevista con mi redactor jefe era que el profesor Challenger despreciaba, es más, odiaba a los periodistas. Así que estaba obligado a buscarme otra profesión para acercarme al personaje. Estaba claro que era un fanático de la ciencia; yo debería buscar un camino por ese mundo. Pensé ir al Savage Club donde quizá estaría Tarp Henry, un brillante colaborador de la revista *Nature*⁴. Acababa de dar las once cuando traspasé el portalón del club y, en efecto, allí estaba el hombre que necesitaba. Le estreché la mano y, sin mediar palabra, le solté la pregunta que me quemaba en la boca.

—¿Qué sabe usted del profesor Challenger?

El delgado, seco y curtido Henry puso un gesto de desagrado.

—¿Challenger? ¿Ese hombre que vino de América del Sur contando historias disparatadas, increíbles?

—¿Qué historias?

⁴ Revista científica de gran prestigio que se sigue editando hoy día. Fue Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades en 2007.

—Bah, una serie de cuentos sobre animales monstruosos. Concedió una entrevista a la agencia Reuters⁵, pero los periodistas no se creyeron nada de lo que contaba. A partir de ese momento, Challenger se convirtió en un tipo intratable que llegó a insultar al presidente del Instituto Zoológico. Toda su inteligencia, que es mucha, y su vitalidad física, que se sale de lo común, están ahora al servicio de sus manías de chiflado y su comportamiento irascible.

—¿Cuál es su chifladura más notable?

—Tiene muchas, pero la más reciente es sus enfrentamientos con Weismann. Los científicos que estuvieron presentes en Viena hablan y no acaban de aquel suceso que fue recogido por la prensa internacional.

Mientras escuchaba a Henry se me ocurrió que, si me presentaba a Challenger como científico deseoso de resolver algunas dudas, posiblemente me abriera las puertas. Ya que estaba con el especialista de *Nature* en temas de zoología, le conté que se me estaba ocurriendo escribir al científico chiflado una carta haciéndome pasar como estudiante. Le pedí ayuda para redactar allí mismo la misiva. No puso objeción y, sobre su mesa, redactamos el texto.

—«Querido profesor Challenger. Como humilde estudioso de la naturaleza, siempre he tenido el más profundo interés en sus especulaciones sobre las diferencias entre Darwin⁶ y Weismann. Recientemente he tenido ocasión de refrescar mis conocimientos al releer...».

—¡Infernal embustero! —murmuró Tarp Henry.

⁵ Agencia de noticias con sede en Reino Unido que suministra información a medios de comunicación y mercados financieros. Fue fundada en 1850 por el empresario Paul Julius Reuter, y en la actualidad es un referente de la prensa internacional.

⁶ Charles Robert Darwin (1809-1882), naturalista inglés que planteó el origen de las especies a través de la evolución y la selección natural.

—«... su magistral alocución en Viena. Esa lúcida y admirable exposición parece construir la última palabra en la materia. Hay un párrafo en la misma, no obstante, que dice: “Protesto enérgicamente contra la afirmación insoportable y completamente dogmática de que cada elemento aislado es un microcosmo que lleva en sí una arquitectura histórica elaborada lentamente a lo largo de la sucesión de las generaciones”. ¿No desea usted, en vista de las investigaciones posteriores, modificar esta afirmación? Como tengo algunas opiniones muy firmes sobre el tema, me permito solicitar de usted el favor de una entrevista, porque tengo algunas sugerencias que proponerle que solo podría elaborar a través de una conversación personal. Si usted lo permite, tendré el honor de visitarle pasado mañana miércoles a las once de la mañana. Asegurándole mi más profundo respeto, quedo de usted, muy atentamente, Edward D. Malone». ¿Qué tal?—pregunté encantado.

—Bien, si su conciencia lo soporta..., pero, en realidad, ¿qué se propone hacer?

—Entrar. Una vez dentro de su despacho, tal vez se me presente una ocasión propicia. Puedo hasta confiarle mis verdaderos propósitos.

—Está usted loco, Malone. Para defenderse de su ira va a necesitar una cota de malla o un equipo completo de futbolista americano. Si el gran hombre se digna a contestar, tendrá aquí la respuesta el miércoles próximo por la mañana y usted podrá pasar a buscarla o se la enviaré a su periódico. No olvide que es de un carácter violento, peligroso y pendenciero. Quizá hubiera sido mejor para usted que no hubiese oído hablar de ese fulano.

El miércoles llegó un sobre a mi nombre a la redacción. En el remite se podía leer George E. Challenger. Lo abrí temblándome las manos: ¡me concedía la entrevista!



El periodista Ned Malone entrevista al más que ex-céntrico profesor Challenger. Tras una reunión algo accidentada, el joven queda tan fascinado por él que termina enrolándose en la expedición que este organiza. Su objetivo será llegar a la Tierra de Maple White, un recóndito lugar oculto en la Amazonia donde el tiempo se detuvo millones de años atrás, y demostrar que allí sobreviven especies prehistóricas. Una novela del creador de Sherlock Holmes, en la que vuelve a hacer gala de su maestría para combinar misterio, aventura, humor y personajes singulares con unas capacidades sobresalientes.

